

¿ES LATINA AMÉRICA LATINA? UNA LECTURA DESDE ZUBIRI

Por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. Emilio Lamo de Espinosa Michels de Champourcin*

La ponencia mía hoy es oportunista, pues quiere aprovechar una triple coyuntura.

De una parte, la obsesión con la mal llamada memoria histórica, un oximorón como veremos, pero que parece extenderse como un virus o un meme por todo occidente, no solo España, como si el miedo al futuro, –que se percibe incontrolable–, se hubiera trocado en pasión por arreglar el pasado, por «cancelarlo» como se dice ahora, en una suerte de expediente o causa general de limpieza de sangre. Arreglemos el pasado ya que parece que no podemos arreglar el futuro.

La segunda coyuntura es más conocida y aludo a la conmemoración de los 500 años de la caída de la ciudad mítica de Tenochtitlan y la conquista por Cortés y sus aliados nativos, evento que ha dado lugar a discursos lunáticos por el presidente de ese país, pero con amplios ecos en todo el hemisferio e incluso en el propio Papa Francisco.

Y finalmente la oportunidad deviene oportunismo pues esa coyuntura ha alimentado un libro colectivo, editado hace pocos meses por Turner y coordinado por mí, titulado *La disputa del pasado*. Curioso que Ramon Tamames y yo hayamos abordado el tema de la hispanidad al tiempo, aunque el ha escrito, como suele hacer, una impresionante enciclopedia, y yo solo he coordinado un ensayo, que va de memorias y de historias.

* Sesión del día 5 de octubre de 2021.

Y quiero comenzar esta ponencia recordando la primera referencia que conozco del término «memoria histórica» (que se la debo a un historiador, Juan Francisco Fuentes) que tuvo lugar la tarde del 23 de octubre de 1940 en el Hotel Ritz de Madrid, en un homenaje Heinrich Himmler, entonces director de la policía de Hitler que visitaba España. Era anfitrión del acto el entonces director de la policía franquista y posterior alcalde de Madrid, Conde Mayalde, quien en su discurso, dijo,

Camaradas italianos y alemanes, si existe un pueblo de memoria histórica, ese el español, por ello no podrá olvidar las afrentas de que ha sido objeto durante varios siglos de decadencia por ciertos odiados poderes del mundo¹.

Una referencia que a Himmler seguro le sonó a conocido pues toda la propaganda nazi se basaba en la humillación sufrida por Alemania en el pacto de Versalles y la «puñalada por la espalda» supuestamente asestada por la República de Weimar.

La memoria histórica como venganza por un pasado humillante que se trata de «cancelar». Cancelación del pasado que es justo lo contrario de recuperación del pasado.

Una anécdota reveladora de cuanto de confuso y turbio hay en la expresión «memoria histórica», que hoy regresa, con frecuencia por el otro lado del espectro político, por la izquierda, aunque siempre con la misma vocación totalitaria. La memoria confundida con la historia, y como instrumento de propaganda.

Pues memoria e historia no riman, salvo que se haga por un *diktat* del poder que impone una y otra. La memoria es individual y personal, es subjetiva y particular. La memoria es plural y polifónica. La historia es (o debe ser) lo contrario: objetiva, rigurosa, impersonal, universal. No «mi» historia, sino «la» historia. Memoria e historia se contraponen así como lo subjetivo a lo objetivo.

España no ha sabido hacer frente, no ha querido, con frecuencia ha aceptado, e incluso ha alimentado, discursos que distorsionaban nuestra historia en América Latina imponiendo ciertas memorias.

Incluso ahora, no ha sabido hacer frente a supuestas historias o historietas contadas, como veremos, tanto por gentes del sur de América como por gentes del norte.

Nuestro libro pretende humildemente contribuir a rescatar la historia de su captura por cierta memoria.

¹ Diario *ABC*, jueves 24 de octubre de 1940.

Lo que presentaré ahora es uno de sus capítulos, el mío, que se pregunta qué es América Latina, y si es, o no, parte de lo que llamamos Occidente, si América Latina es latina o no.

Y comienzo exponiendo el porqué de la pregunta.

¿ES «LATINA» AMÉRICA LATINA?

Efectivamente, a lo largo de los últimos años, y desde extremos opuestos del espectro político, se han avanzado tesis paradójicamente coincidentes señalando que América Latina pertenece a un universo cultural o civilizacional propio y distinto de lo que llamamos «Occidente». Ciertamente, es la opinión de parte del nuevo indigenismo latinoamericano, que rechaza todo lo occidental en nombre de la preservación de esencias e identidades nativas que habrían sido destruidas por la colonización primero y las repúblicas criollas después². El Movimiento al Socialismo (MAS) de Evo Morales en Bolivia o la Confederación de Nacionalidades Indígenas en Ecuador o el presidente López Obrador de México o Castillo de Perú, por citar algunos ejemplos, más allá de denunciar la discriminación étnica de las «naciones originarias» (cuestión no exenta, por supuesto, de fundamento), han avanzado desde la afirmación de lo propio al rechazo de lo ajeno. Por citar un ejemplo, en el programa político del MAS se afirma textualmente:

Se han cumplido quinientos años de la presencia europea y ciento setenta y seis de vida republicana. Durante estos quinientos años hemos estado dominados por la cosmología de la cultura occidental [...]. Los conceptos de globalización y economía de mercado se enmarcan en la cosmología occidental, como el viejo concepto de progreso que se desprendía del paradigma científico de la modernidad. [...]. El denominado siglo de las luces de Occidente ha caducado y ya no es ninguna opción para la humanidad [...]. Nuestras raíces culturales, las culturas andina y amazónica, han triunfado sobre los fundamentos de la cultura occidental.

«El 12 de octubre [de 1492] fue una desgracia», afirmaba rotundamente Evo Morales y reitera Pedro Castillo. No es solo España o lo hispano lo que se rechaza, es todo lo occidental.

Pero hete aquí que, cuando el presidente Trump se empecinaba en construir un muro en la frontera con México para impedir la entrada de emigrantes latinos, cuando perseveraba (por cierto, con poco éxito) en expulsar a

² Luis Esteban GONZÁLEZ MANRIQUE, *El «etnonacionalismo»: las nuevas tensiones interétnicas en América Latina*, Real Instituto Elcano, ARI núm. 59/2005, 11 de mayo de 2005.

los que ya habitan en Estados Unidos, cuando insultaba a unos y otros llamándolos *bad hombres* o acusándolos de violadores o asesinos, practicaba (sin saberlo) un tipo de rechazo y estigmatización simétrica, no exenta de racismo, pero que, como veremos, tiene detrás una importante tradición intelectual.

De modo que, ya sea porque América Latina no es parte de Occidente, al que rechaza, ya sea porque no ha llegado aún a serlo o es algo propio y distinto, América Latina y, por ende, lo «hispanico» (o «ibérico») no forma parte de la «cultura» o de la «civilización» de Occidente.

No se trata de opiniones tan exóticas como puede parecer, ya que forman parte de un elenco de representaciones colectivas bien asentado y aceptado en el universo intelectual occidental³. Y así, si usamos Google para buscar información referente al concepto «Civilización Hispánica», encontraremos cientos de entradas que remiten a cursos impartidos en las principales universidades de Estados Unidos con etiquetas como «Cultura y civilización españolas». De manera similar, si buscamos «Civilización latinoamericana», encontraremos otros cientos de entradas destacando las peculiaridades de la cultura latinoamericana como algo diferente de Occidente, comenzando con la época precolombina y a través de los movimientos por la independencia hasta nuestros días. Por supuesto, hay libros sobre la «civilización» de América Latina, tales como la bien conocida *History of Latin American Civilization*, editada por Lewis Hanke⁴, o Keen's *Latin American Civilization: History & Society, 1492 to the Present*⁵, un libro clásico editado por primera vez en 1955 y reeditado muchas veces, y seguramente uno de los más (si no el más) ampliamente utilizado. Y cito estos dos, entre muchos otros, porque Keen y Hanke mantuvieron un famoso debate sobre la naturaleza de América Latina, aunque ninguno rechazó (ni siquiera discutió) lo acertado de la etiqueta «civilización» para aludir a esa región.

Sin embargo, si buscamos entradas para el concepto «Civilización americana», encontraremos referencias a la cultura inca, maya o azteca, es decir, a las culturas precolombinas, pero no a la actual civilización de ese continente.

En resumen, lo que la *web* nos indica es que parece haber una «civilización hispanica» y una similar «civilización latinoamericana», pero no hay (aunque sí había) una «civilización americana». Sin duda, porque esta, la «civilización» actual de América (es decir, la cultura norteamericana), es simplemente cultura occidental y no admite singularidad. Dicho de otro modo: al parecer, en el norte del hemisferio se vive en el marco occidental, pero al sur de Río Gran-

³ Una tradición que hemos intentado explicitar en el libro que pude coordinar *La disputa del pasado. España, México y la leyenda negra*, Turner, Madrid, 2021.

⁴ L. HANKE (ed.), *History of Latin American Civilization*, Methuen, Londres, 1969.

⁵ B. KEEN, R. BUFFINGTON, y L. CAIMARI (eds.), *Keen's Latin American Civilization: History & Society, 1492 to the Present*, Westview Press, Boulder, 2004.

de la cosa cambia y pasamos al espacio de una propia «civilización latinoamericana», evidentemente vinculada a otra «hispánica».

¿Por qué esta falta de simetría? ¿Tiene sentido? Es justamente lo que pretendo discutir en estas páginas, y más en concreto lo siguiente: ¿podemos hablar de una civilización peculiar hispana como diferente de la civilización occidental? ¿Es España parte de Europa, parte de Occidente? Y, de manera similar, ¿es América Latina parte de Occidente? Dicho de otro modo, ¿quiénes son «nosotros» cuando hablamos de la civilización occidental? Preguntas todas ellas muy interrelacionadas y que nos sirven para ejemplificar el «gazpacho» civilizacional que es América Latina, sin duda el mejor y más completo caso de región «golpeada» por Occidente (como señalaba Arnold Toynbee).

EL PROBLEMA DE ESPAÑA

Es obligado comenzar diciendo unas palabras sobre España antes de regresar de nuevo a América Latina, pues lo que estamos discutiendo es la naturaleza de la «hispanidad» o de la «latinidad», algo que afecta a ambos lados del Atlántico.

Efectivamente, la pregunta sobre la naturaleza de la civilización norteamericana está muy ligada a la cuestión de la identidad occidental y europea de España, un debate muy antiguo que tiene al menos dos versiones. Por una parte, la visión ilustrada y dieciochesca de España (Montesquieu, Hegel) como un país que no ha contribuido en absoluto a la civilización occidental, siendo más bien una rémora anclada en un pasado premoderno y pre-racionalista. Una idea que, paradójicamente, será más tarde reforzada por la otra gran visión de España, la visión romántica y decimonónica, pues para Dumas, Gautier, Bizet y muchos otros (como Washington Irving e incluso el mismo Hemingway), Europa empieza en los Pirineos, *Spain is different* y es un país oriental o, al menos, «orientalizante» más que occidental.

Lo relevante es que estas dos grandes visiones o imágenes de España –la ilustrada y la romántica–, por razones más bien contradictorias, están de acuerdo en que España no es Europa y no es Occidente, o, al menos, no lo es del todo. Ya sea porque es mucho menos, pues todavía no habría llegado a ser un país moderno y «civilizado», en la visión romántica; o porque es mucho más, porque es, por decirlo así, la «reserva espiritual de Occidente», como le gustaba decir al general Franco⁶.

⁶ Una excelente y documentadísima presentación del tema puede verse en José VARELA ORTEGA, *España. Un relato de grandeza y odio*, Espasa, 2019.

Por supuesto, el problema es que esta singular percepción de España como una «excepción» europea también fue aceptada por nosotros, por los españoles. Y no solo por la calle, sino también por los historiadores, pensadores y filósofos, incluidos Unamuno y Ortega y Gasset. El historiador Vicens Vives lo expresó claramente cuando habló de la «incapacidad de España para seguir el curso de la civilización occidental en sus aspectos económicos, políticos y culturales (capitalismo, liberalismo, nacionalismo)». Es decir, España como una sociedad desviada en Europa. Una imagen «excepcionalista» de España sólidamente destruida por David Ringrose en su *España 1700-1900. El mito del fracaso*, que se enfrenta con todos los tópicos heredados acerca de la excepcionalidad histórica de España⁷.

Quiero recordar ahora una atinada observación de Xavier Zubiri, que es el eje sobre el que se articulan todas estas páginas. Pues en *Naturaleza, historia y Dios*, y al aludir a Grecia y la pervivencia del pasado, señalaba lo siguiente:

*no es cierto que los griegos sean nuestros clásicos; más bien somos nosotros los griegos. Grecia constituye un elemento formal de las posibilidades de lo que somos hoy*⁸.

Aludía con ello a que la cultura griega vive en nosotros y no es algo pasado sino actual y, cuando nos ponemos a pensar, Grecia está pensando dentro de nosotros; somos griegos, nos guste o no. Creo que es una idea muy inteligente. Pero lo que vale para el pensamiento y la filosofía vale también para muchas otras cosas. Y si vale para los griegos, ¿qué decir de los romanos? Veamos algunos datos bien conocidos.

Nosotros, los españoles, hablamos latín, latín vulgar; nuestro Derecho sigue siendo, en esencia, el Derecho romano; nuestra religión es la religión oficial del Imperio romano; nuestras familias siguen las costumbres romanas, nuestra agricultura es romana, y cuando yo era joven, el arado romano todavía lo usaban los agricultores españoles. Nuestra arquitectura, nuestro urbanismo, incluso buena parte de nuestras vías de comunicación son romanas. El territorio de España no solo fue una colonia romana, sino parte de la propia Roma, a la que dio varios emperadores. Nuestro nombre es un nombre romano, Hispania. En resumen, como dice Zubiri, Roma, los latinos, no son nuestros clásicos,

⁷ J. VICENS VIVES, *Aproximación a la historia de España*, Teide, Barcelona, 1960. La visión «excepcionalista» de la historia de España, rechazada por los nuevos historiadores, ha dado lugar a una amplia literatura, pero el texto clásico es probablemente el de David RINGROSE, *España 1700-1900. El mito del fracaso*, Alianza, Madrid, 1997. Ver también SANTOS JULIÁ, «Anomalía, dolor y fracaso de España», *Claves de Razón Práctica*, 66, octubre de 1996, p. 10.

⁸ Bibliografía oficial #43 [*Naturaleza, Historia, Dios*], pp. 305-340, paginación de la 5.ª edición. Bibliografía oficial #42: «El acontecer humano. Grecia y la pervivencia del pasado filosófico», *Escorial*, 23 (1942), pp. 401-432.

pues, en más de un sentido, somos romanos y latinos, por lo que la cultura española se puede entender como una versión actualizada, moderna (o, si se prefiere, tardía) de la cultura grecolatina. España (como Portugal y como Italia) es como si Roma estuviera todavía viva en el siglo XXI.

Por supuesto, nos gusta jugar con la idea romántica, adelantada por Américo Castro en su magna obra *La realidad histórica de España* (México, 1954) de las tres culturas españolas: cristiana, musulmana y judía. Es una idea posmoderna y multicultural, y nos gusta reflejarnos en ella. El eslogan «cruce de caminos» para caracterizar a España o a cualquiera de sus regiones lo hemos oído repetido cansinamente una y otra vez. Es políticamente correcto, una «Alianza de Civilizaciones». Y, en cierta medida, es verdad. Pero solo en cierta y escasa medida. Ni nuestra lengua, ni nuestra religión, ni nuestro Derecho, ni nuestras instituciones políticas o familiares son musulmanas o judías.

Esta nítida pertenencia de España a Occidente se percibe claramente si comparamos las dos fronteras que, geográfica e históricamente, han constituido a Europa, a la gran «familia cultural» occidental: la frontera oriental (desde el Báltico y Rusia, pasando por los Balcanes, hasta el Cáucaso) y la frontera del sur (del Mediterráneo). Pues bien, la frontera oriental ha sido (y sigue siendo) un continuo que se mueve gradualmente y sin ruptura alguna desde Roma y el cristianismo occidental al cristianismo oriental, bizantino (la Iglesia ortodoxa: la misma religión, pero otra escritura); desde ella a un islam occidentalizado, es decir, Turquía (otra religión, pero la misma escritura) y, finalmente, a otra civilización con otra religión y otro alfabeto y otra escritura: el islam. Al oriente de Europa no hay, pues, frontera alguna, sino un gradiente, un mosaico o *patchwork*, que se extiende por los Balcanes y el Cáucaso, mezclando religiones, etnias, lenguas y escrituras, espacio secular de conflictos y guerras que continúan en el siglo XXI. Sin embargo, la frontera sur del Mediterráneo se traza de manera abrupta, sin lugar a dudas, en el mar, detrás del cual hay –ahora sí– otra religión, otra lengua y otra cultura. Si España hubiera sido (o siguiera siendo) el espacio de las tres culturas, sería algo parecido a lo que era la antigua Yugoslavia. Que no lo sea hoy es mérito (o demérito, pues de todo hay), en todo caso, efecto, de los Reyes Católicos y del proceso de unificación étnica y cultural de la península Ibérica que ellos impulsaron. Y desde entonces, el espacio ibérico (y el español) son parte de la civilización romano-cristiana, que es el germen de Occidente.

En resumen, es simplemente una tontería (pero el núcleo de la leyenda negra) hablar de una «civilización española». Fue necesaria una transición política muy exitosa y realizada contra toda expectativa, y una acelerada modernización económica, social y cultural, es decir, una clara y nítida europeización y

«normalización» de España⁹, para entender algo obvio: que siempre fuimos Europa, por supuesto, y que lo sorprendente no es la respuesta, sino la pregunta misma y que, incluso nosotros mismos la aceptaríamos como una pregunta digna de interés.

Pensé que era necesario recordar esta idea antes de saltar de nuevo al otro lado del Atlántico. Porque, de una manera similar a como ocurrió en España, la idea de que América Latina es un caso anormal y desviado dentro de Occidente se ha avanzado en muchas ocasiones, con frecuencia por los propios latinoamericanos, bien para poner de relieve su identidad frente a la de España en el momento de la independencia de las repúblicas, y hoy, de nuevo, para enfatizar su identidad contra el hermano mayor del norte, contra el neoliberalismo, el Consenso de Washington, o quién sabe qué.

Voy a sostener la visión opuesta: América Latina es y ha sido siempre una parte importante de Occidente. Y hoy lo es aún más.

UN CONTRASTE INTELECTUAL: SAMUEL HUNTINGTON Y ARNOLD TOYNBEE

Y comencemos con dos ejemplos tomados de dos de los más grandes analistas de las civilizaciones. El primero es, por supuesto, de Samuel Huntington, el caso más claro de la idea que quiero discutir.

Como es bien sabido, en 1993 Huntington comenzó un gran debate entre los teóricos de las relaciones internacionales con la publicación en la revista *Foreign Affairs* de un artículo extremadamente influyente, traducido y citado, titulado *El choque de civilizaciones*. Frente a la tesis de la convergencia civilizacional posguerra fría, elaborado por Fukuyama en su discutida obra *El fin de la Historia*¹⁰, Huntington argumentaba a favor de la divergencia y el conflicto, tesis que más tarde amplió en un libro de larga difusión titulado *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*¹¹. En él exponía que, si bien durante la Guerra Fría, el conflicto más probable tendría lugar entre el mundo occidental libre y el bloque comunista –un conflicto en el interior de la civilización occidental–, ahora era más probable que se produjera entre las civilizaciones más importantes del mundo, por lo que estábamos condenados a

⁹ Véase mi trabajo «La normalización de España. España, Europa y la modernidad», en *Nacionalismos e imagen de España*, Sociedad Estatal España-Nuevo Milenio, Madrid, 2001, pp. 155-186. Parcialmente editado en *Claves de Razón Práctica*, 111, 2001, pp. 4-16. Un momento de optimismo en una España por fin europeizada, que los años posteriores iban a poner en duda.

¹⁰ F. FUKUYAMA *El fin de la historia y el último hombre*, Planeta, Barcelona, 1992.

¹¹ Publicado en Nueva York en 1996 por la editorial Simon & Schuster.

una guerra de civilizaciones. La tesis era sugerente, y la posterior eclosión del fundamentalismo islámico o de China le dio una gran credibilidad.

No voy a discutir si estamos o no ante una supuesta «guerra de civilizaciones». No lo creo y el propio Huntington así lo demostraba (pues, al final, solo había dos civilizaciones conflictivas: Occidente y el islam). Lo que me interesa ahora de ese libro es algo que en él se daba por supuesto: su relación o lista de civilizaciones. Huntington identificaba expresamente ocho civilizaciones, a saber: occidental, islámica, sínica, hindú, ortodoxa, budista, japonesa y, finalmente, latinoamericana, además de una posible novena, la africana. Por tanto, para él era evidente que América Latina no forma parte de la «familia cultural» (civilización) occidental.

¿Qué es entonces Occidente para Huntington? Occidente estaría formado por Europa Occidental (en particular, la Unión Europea) y América del Norte, pero incluiría también otros países derivados de esa Europa, tales como Australia y Nueva Zelanda, e incluso las islas del Pacífico, Timor Oriental, Surinam, la Guayana Francesa y (sorpresa) Filipinas norte y centro (¿tal vez porque fueron una colonia de Estados Unidos?). Nótese que Rusia queda fuera, al igual que los Balcanes y el Cáucaso.

¿Y qué unifica culturalmente, civilizacionalmente, esos países? Huntington menciona lo siguientes: el legado de los clásicos, la pluralidad de lenguas, la separación entre autoridad espiritual y temporal, el Estado de Derecho, el pluralismo social, el individualismo, la representación política y, sobre todo, el cristianismo occidental, es decir, el catolicismo y el protestantismo.

Por el contrario, la civilización latinoamericana, aunque muy vinculada con Occidente, «incorpora elementos de viejas civilizaciones indígenas», y es un híbrido entre el mundo occidental y la población nativa, y tiene una cultura populista y autoritaria que Europa tuvo también, pero en un grado menor, y que América del Norte nunca tuvo. Los países latinoamericanos son, por tanto, *torn countries*, es decir, «países desgarrados», divididos, de modo que el hemisferio oscilaría entre dos extremos: México, Centroamérica y los países andinos, donde la población nativa es más fuerte, y Argentina, Uruguay o Chile, donde es escasa.

En aquel libro, Huntington ya adelantaba que «en esta nueva era, el reto singular y más importante a la identidad tradicional de América [es decir, de Estados Unidos] viene de la inmensa y constante inmigración de América Latina, especialmente de México». Tema que desarrollará posteriormente en *Foreign Policy*, en un trabajo que llevó por título «The Hispanic Challenge», ampliado en su libro póstumo *Who Are We? The Challenges to America's National*

*Identity*¹². Textos en los que Huntington sostiene que los hispanos o latinos de Estados Unidos son «la mayor amenaza potencial a la integridad cultural, y posiblemente política, de Estados Unidos», de modo que se hace necesario «la reconquista demográfica de las áreas que los americanos tomaron de México por la fuerza en los años 1830 y 1840». También afirma que son actitudes típicamente hispánicas «la falta de ambición» (la «cultura del mañana») y la «aceptación de la pobreza como una virtud necesaria para entrar en el Cielo».

Con ello Huntington se adentraba claramente en la xenofobia, y así ha sido señalado casi universalmente por la crítica académica, pues hay que decir que el libro, a pesar del gran prestigio de su autor, tuvo una muy negativa recepción.

En todo caso, el problema no es ya el choque de países por causas culturales, pues ahora el conflicto de civilizaciones se activa, pero dentro de un país: Estados Unidos. Huntington es, así, pionero del «trumpismo».

Se trata de un punto de vista bastante peculiar. No solo porque sorprende que una persona culta e inteligente olvide que el corporativismo y el populismo (por ejemplo, el fascismo y el comunismo) fueron invenciones europeas, no de América Latina. Tampoco que el legado de los clásicos, la pluralidad de lenguas, la separación entre autoridad espiritual y temporal, el Estado de Derecho, el pluralismo social, el individualismo, la representación política y, sobre todo, el cristianismo occidental son rasgos que se ajustan perfectamente a América Latina. Tampoco, por último, que la hibridación o el mestizaje no es nada exclusivo de América Latina. Montesquieu en sus *Réflexions sur la monarchie universelle* (1731) ya escribió que *l'Europe n'est plus q'une nation composée de plusieurs*, es decir, Europa como «nación de naciones», la misma etiqueta que Giovanni Sartori aplica a los Estados Unidos: una *nation made of nations*¹³. ¿Acaso la presencia africana o la diversidad cultural y migratoria es menor en Estados Unidos que en América Latina? Por lo demás, ¿qué país no es una mezcla de culturas, un mestizaje?

Por ello me interesa ahora traer a colación un ejemplo contrario: el del gran historiador británico Arnold Toynbee. Pues cuando elaboró la lista de las veintiuna civilizaciones en su monumental *A Study of History (Estudio de la Historia)*, terminado en 1961, nunca identificó algo parecido a una civilización española o latinoamericana. Por el contrario, hablaba de España y Portugal

¹² S. HUNTINGTON, *Who Are We? The Challenges to America's National Identity*, Simon & Schuster, Nueva York, 2004. [Hay traducción en español: *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional estadounidense*, Paidós, Barcelona, 2004].

¹³ Véase G. SARTORI, *La sociedad multiétnica*, Taurus, Madrid, 2001, p. 51.

como las «fronteras móviles» de la cristiandad, como una Marca o frontera en expansión. Y señalaba¹⁴:

Estos pioneros ibéricos, la vanguardia portuguesa alrededor de África hasta Goa, Malaca y Macao, y la vanguardia castellana a través del Atlántico a México y cruzando todo el Pacífico hasta Manila... realizaron un servicio sin parangón para la cristiandad occidental. Ampliaron el horizonte, y, potencialmente, por ende, el espacio de la sociedad que representaban, hasta que llegó a abarcar todas las tierras habitables y todos los mares navegables del mundo.

Y añadía:

Es debido, en primer lugar, a esta energía ibérica que la cristiandad occidental ha crecido..., hasta convertirse en «la Gran Sociedad», un árbol en cuyas ramas a todas las naciones de la Tierra han venido y se han alojado¹⁵.

Y Toynbee acuña una etiqueta, la de «pioneros ibéricos», cargada de sentido y, por supuesto, contrapuesta a la de los otros *pioneers*, los del Mayflower, que habían llegado a la costa de los Estados Unidos en 1620. Etiqueta, por cierto, que ya había sido utilizada por un singular personaje, periodista y aventurero americano, Charles Fletcher Lummis, quien en 1893 –retengamos la fecha– publicó un libro titulado *The Spanish Pioneers*, un gran canto a la labor colonizadora de España, la «nación pionera» (*The Pioneer Nation*) en América (ignoro si Toynbee leyó a Lummis, aunque es poco probable, pues el libro tuvo, y aún tiene, muy poco eco)¹⁶.

Puede que me equivoque, pero creo que la opinión de Huntington es una visión de América (norte, y en alguna medida, sur) muy idiosincrática de Estados Unidos, compartida por muchos ciudadanos de ese país y vinculada a la tesis de la frontera que, como sabemos, es probablemente *el* mito constitutivo de la identidad americana. Así que paso ahora a Turner y a otras fronteras.

¹⁴ Vale la pena reproducir el texto en el original inglés:

These Iberian pioneers, the Portuguese vanguard, round Africa to Goa, Malacca and Macao, and the Castilian vanguard across the Atlantic to Mexico and on across the Pacific to Manila... performed an unparalleled service for Western Christendom. They expanded the horizon; and thereby potentially the domain, of the society they represented until it came to embrace all the habitable lands and navigable seas of the globe. It is owing in the first instance to this Iberian energy that Western Christendom has grown, like the grain of mustard seed in the parable, until it has become 'the Great Society': a tree in whose branches all the nations of the Earth have come and lodged.

¹⁵ *A Study of History*, New York, 1947, pp. 124 and 125

¹⁶ Hay una lamentable traducción española que, sorprendentemente, elimina quizá lo más importante del libro, la idea de una nación pionera, para titularlo *Exploradores españoles en América*, traduciendo la expresión *pioneer nation* como «nación exploradora», entre otros desmanes. El horror fue perpetrado por la editorial Lacoonte en Navarra en 2009.

LA VISIÓN NORTEAMERICANA: TURNER Y LA FRONTERA

Porque tenemos más fronteras o «marcas». Una, la identificada por Toynbee, el trabajo de los «pioneros ibéricos», que se mueve desde el sur de la península Ibérica a América, traspasándolos de este a oeste. La otra, por supuesto, es la frontera de Turner, el trabajo de otros pioneros en movimiento desde el Reino Unido e Irlanda a América del Norte.

Como es sabido, Frederick Jackson Turner (1861-1932), profesor de Historia en la Universidad de Wisconsin, anunció por primera vez su tesis en un artículo titulado *El significado de la frontera en la Historia Americana*, paradójicamente entregado a la Asociación Histórica Americana en 1893 en la *World's Columbian Exposition de Chicago*. Y digo paradójicamente porque la tesis iba a ser el más completo rechazo del papel de Colón y de España, y se editó el mismo año en que Lummis hizo el mayor canto a la tarea de España en América del Norte. Como resalta Alfredo Jiménez:

El joven Turner vino a decir que las circunstancias peculiares de la frontera americana, tales como la abundancia de tierra libre o desocupada (free land, empty land), las oportunidades que se abrían a los colonos, y el peligro común que representaban los indios dieron forma al carácter y a las instituciones americanas. La experiencia de la frontera –decía Turner– tuvo un efecto de consolidación y nacionalización de la joven América. La frontera, en suma, extendió la civilización y promovió la democracia¹⁷.

Lo que me interesa es la idea de Turner sobre la frontera:

La frontera estadounidense se diferencia claramente de la frontera europea, una línea de frontera fortificada que atraviesa densas poblaciones. Lo más significativo de la frontera americana es que se encuentra a la orilla de acá de la tierra libre [At the hither edge of free land].

Un poco antes planteaba su idea principal: la frontera es el «borde exterior de la ola, el punto de encuentro entre el salvajismo y la civilización». Así pues: a la orilla de acá de la tierra libre y en el punto de encuentro entre el salvajismo y la civilización.

¿Es eso cierto? Por supuesto que no. Como era de esperar, España ni se menciona en el ensayo de Turner. Pero esto es peculiar porque una gran parte de la tierra americana (algunos hablan de tres cuartas partes) ya había sido explorada por España, incluida Alaska. Y en el suroeste, en California y, por su-

¹⁷ Alfredo JIMÉNEZ, «La Historia como fabricación del pasado: La frontera del Oeste o American West», *Anuario de estudios americanos*, vol. 58, núm. 2 (S), 2001, pp. 737-755.

puesto, en Texas, y en el sureste, en la Florida, se habían construido muchas ciudades. Lo que estaba al otro lado de la frontera era, a veces, tierra libre, pero en ocasiones eran las tierras de otros países: España primero, México después. Lo que dio lugar a una (todavía ignorada) hispanización de los nativos indios americanos¹⁸.

La tesis de la frontera olvidaba (podemos decir, incluso, que ocultaba) el papel de España en América del Norte, que sustituyó por el avance estadounidense sobre tierra mostrenca, entendido a su vez como el avance de la civilización sobre la barbarie. Curiosamente, la misma tesis de Kipling en el poema *La carga del hombre blanco* (*The White Man's Burden*), publicado seis años después, en 1899, que llevaba el subtítulo –rara vez mencionado– de «Los Estados Unidos y las islas Filipinas», y que era, de hecho, una reacción a la guerra hispanoamericana de 1898. Justamente el punto de partida de la expansión imperial norteamericana en el Atlántico (Cuba, Puerto Rico) y en el Pacífico (Filipinas) y de su transformación en una «República imperial» (la expresión es de Raymond Aron).

Por supuesto, sabemos que esto fue parcialmente cierto. Las grandes masas de tierra americana no habían sido completamente colonizadas, pero la idea de que el otro lado de la frontera, es decir, América Latina, no era sino tierra salvaje, fue aceptada. Como escribe Alfredo Jiménez: «En conclusión, los historiadores norteamericanos han escrito la historia de la frontera como si al otro lado no hubiera nadie»¹⁹.

Sin embargo, la historiografía posterior ha revisado profundamente las tesis míticas de Turner²⁰. Primero fue un discípulo de Turner, Herbert Eugene Bolton en *Las tierras de frontera españolas*²¹ y posteriormente David J. Weber en *La frontera española en América del Norte*²². Pero este mito, como todos los mitos y creencias, tuvo consecuencias. Venía a abonar y a dotar de esteticismo romántico la vieja idea del «destino manifiesto» acuñada por John L. O'Sullivan en 1845: era el destino manifiesto de Estados Unidos expandirse por el continente que la Providencia le había asignado, reforzando así la doctrina Monroe de 1823: «América para los americanos». Y sobre este cañamazo, el futuro presidente Theodore Roosevelt (1901-1909) creyó que el fin de la frontera interna

¹⁸ Véase, por ejemplo, María Elvira ROCA BAREA, «Frontera ¿con quién?», en E. Lamo de Espinosa (coord.), *La disputa del pasado*, Turner, Madrid, 2021.

¹⁹ *Ibid.*, p. 17.

²⁰ Véase Alfredo JIMÉNEZ, «El Lejano Norte español: cómo escapar del *American West* y de las *Spanish Borderlands*», *CLAHR (Colonial Latin American Historical Review)*, Albuquerque, 1996, vol. 5, pp. 381-412.

²¹ Herbert E. BOLTON, *The Spanish Borderlands: A Chronicle of Old Florida and the Southwest* (1.^a ed., 1921), University of New Mexico Press, Albuquerque, 1996.

²² David J. WEBER, en *The Spanish Frontier in North America*, Yale University Press, New Haven, 1992. [Hay traducción en español: *La frontera española en América del Norte*, FCE, México, D. F., 2000].

representaba el inicio de una nueva etapa en la vida norteamericana y Estados Unidos debería expandirse hacia afuera. Por esta razón, muchos ven en la tesis de Turner el impulso de Estados Unidos hacia el imperialismo, e incluso la legitimación intelectual de la guerra de Cuba y Filipinas. Roosevelt era, al parecer, un creyente en la tesis de Turner, y no fueron pocos los americanos que vieron en esa guerra –una de las pocas que ha habido entre democracias– no la conquista de España por Estados Unidos, sino, al contrario, el triunfo en ese país de la mentalidad imperial y colonialista de la vieja España, «la conquista de Estados Unidos por España», como escribió el gran sociólogo de Yale William G. Sumner²³.

LA «LATINIZACIÓN» DE AMÉRICA

Por tanto, no debe sorprendernos que, siglo y medio después de Turner, Estados Unidos, con Huntington y Donald Trump, regrese a la tesis de la frontera sobre el salvajismo exterior, una vez más epitomizado en el muro que debe separarlo de los *bad hombres* del sur latino. Y hora podemos volver a nuestra pregunta principal: ¿se puede hablar de América Latina como parte de Occidente?

Como ha demostrado Mónica Quijada, en contra de una interpretación usual que atribuye la invención de la etiqueta «América Latina» a Michel Chevalier, en el marco de la invasión de México por Napoleón III, lo cierto es que fue una invención autóctona hecha por intelectuales y escritores dominicanos, colombianos y chilenos²⁴, que empezaron a utilizar esa denominación ya en la década de los cincuenta del siglo XIX. La nueva genealogía del término implica también un cambio esencial de sentido político. No se trata ya de poner la latinidad bajo el patrocinio de Francia, cuyas invasiones de México (1838 y 1861) habían sido universalmente rechazadas en Latinoamérica, sino de generar un vínculo de unidad frente al expansionismo norteamericano, que se había manifestado en la guerra con México (1846), e incluso en la guerra hispanoamericana de 1898, juzgada negativamente. Así lo prueba la primera mención expresa

²³ Aludo al interesante trabajo que editó en enero de 1899 en el *Yale Law Journal* el gran sociólogo americano William Graham Sumner, titulado *The Conquest of the US by Spain*.

²⁴ Es habitual atribuir el origen de la expresión a la obra del francés Michel Chevalier, *Cartas sobre la América del Norte*, publicadas en París en 1836. Hace años, Mónica Quijada, en «Sobre el origen y difusión del nombre “América Latina”», *Revista de Indias*, 1998, 241, pp. 595 ss., mostró lo incorrecto de la atribución apoyándose en la obra del uruguayo Arturo Ardao, *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*, Caracas, 1980. Más recientemente, Álvaro GARCÍA SAN MARTÍN, en «Francisco Bilbao, entre el proyecto latinoamericano y el gran molusco», *Revista de Estudios Latinoamericanos*, 56, 2013, acredita que la primera vez que se usó el término «América Latina» fue por el chileno Francisco Bilbao en su conferencia «Iniciativa de la América», impartida en París el 22 de junio de 1856, publicada poco después. Puede verse en <http://www.filosofia.org/aut/002/fbb1285.htm>. Consultado el 3 de diciembre de 2020.

del término en un poema del colombiano Torres Caicedo de 1856 titulado «Las dos Américas», en el que dice:

La raza de la América latina

Al frente tiene la raza anglosajona

De modo que es la conciencia de diferencia y de rechazo frente al agresivo vecino del norte lo que va a dotar de sentido a un término que al tiempo diferencia y unifica la América hispana, primero, e ibérica, después (al incorporar a Brasil al conjunto). Así, los dos países, las dos grandes Repúblicas, Francia y Estados Unidos, que sirvieron de inspiración para la emancipación, acabaron siendo rechazadas por su imperialismo, redescubriendo una raíz (la hispana) que había sido olvidada e incluso estigmatizada.

El término «latino» apunta directamente a lo que España y Portugal hicieron en este hemisferio: romanizarlo e incorporarlo a la cultura occidental. Lo diré con sencillez: España y Portugal hicieron en América Latina lo mismo que Roma había hecho con nosotros mil quinientos años antes: romanizarnos.

Efectivamente, cuando España llegó a América, extensísimos territorios (casi toda la América del Norte y toda la cuenca del Amazonas) estaban poblados por una miríada de grupos aislados de cazadores-recolectores que conocían a sus vecinos y poco más. Los españoles chocaron con dos civilizaciones agrícolas importantes, aunque ya en claro declive, como lo prueba la facilidad de la conquista. América propiamente no existía y se ignoraba a sí misma, como la propia España se ignoraba antes de ser unificada y etiquetada por Roma. La diversidad lingüística que todavía sobrevive en América Latina, más de mil lenguas vivas, da una idea aproximada de lo que debía de ser la América precolumbina antes de la llegada de los europeos.

Y se da la circunstancia de que los mismos elementos culturales que unificaron a España y Portugal fueron utilizados más adelante para unificar América Latina: dos lenguas romances, latinas, el castellano y el portugués; una religión romana, el cristianismo; el Derecho romano; la arquitectura mediterránea; el urbanismo y las ciudades (siguiendo el modelo del *castrum* romano); la red de caminos (siguiendo el modelo de las calzadas romanas), incluso los acueductos y la agricultura. Exactamente los mismos elementos. Y de aquel imperio se podía decir lo que del romano escribió Orosio en el siglo IV:

En todas las tierras del Imperio por donde vaya puedo sentirme romano entre romanos, cristiano entre cristianos, hombre entre hombres, y todo país puede ser mi patria.

Y de sus pueblos se puede predicar lo que, refiriéndose a la romanización de España, escribió en su *Geografía* (siglo I a. C.) el griego Estrabón: «Los pueblos del sur, sobre todo lo que viven en las riveras del Betis [actual Guadalquivir] han adquirido la manera de vivir de los romanos hasta olvidar su propio idioma».

Es en este contexto donde el trabajo de Mónica Quijada cita la excelente investigación de Serge Gruzinski en *Las cuatro partes del mundo. Historia de una mundialización*, y comenta:

Según Gruzinski, la «Latinidad» se encuentra en el corazón del proyecto imperial y colonizador de la Corona de Castilla, fundado en una unidad política y cultural simbolizada por el Imperio, por la lengua de Roma y por la religión asentada en Roma. Por añadidura, los europeos apelaron a los modelos de la Antigüedad clásica para describir el Nuevo Mundo, asentar su historia por escrito y reorganizar las lenguas y los saberes indígenas a partir de esquemas renacentistas y enciclopédicos [...]. De tal forma, la Latinidad era la clave para alcanzar la universalidad. Pero no solo los europeos apelaron a la Latinidad. En el siglo XVI, los nobles indígenas que enviaban cartas al rey de España para solicitar el reconocimiento de sus privilegios heredados no solían utilizar la lengua de Castilla, sino el latín. Y los artistas indígenas que decoraban los templos erigidos para la adoración del Dios cristiano solían introducir en sus pinturas imágenes que combinaban símbolos de la Antigüedad clásica con otros extraídos de sus propias tradiciones prehispanicas [...]. De manera equivalente, los artistas indios utilizaron la mitología clásica como una suerte de pantalla que les permitía filtrar su propia y antigua mitología; en tanto que algunos mestizos –como el Inca Garcilaso en el Perú o Diego Valadés en México– encontraban en la tradición latina el método y el armazón para defender y propagandizar el mundo prehispanico.

En cierta manera –afirma Gruzinski–, la latinidad actuó como un gigantesco «lecho de Procusto» retórico y conceptual²⁵. Cuando le preguntaron a Churchill por los elementos que articulaban lo que llamaba «pueblos de habla inglesa», contestó diciendo: la ley, la lengua y la literatura²⁶. Otro tanto puede decirse de la hispanidad. Como ha escrito Martínez Montes, comparando el mestizaje sudamericano con la colonización inglesa,

Para comprender su originalidad (de la mestiza latinización de América), intentemos encontrar un mestizo de indio algonquino y colono inglés educado en Jamestown a principios del siglo XVII, conocedor, además de sus lenguas materna y paterna, del latín y el italiano, capaz de traducir a un autor neoplatónico judío al inglés isabelino y de escribir una historia de América del

²⁵ Serge GRUZINSKI, «Usos políticamente incorrectos de la latinidad», conferencia dictada en la Caixa de Barcelona, Madrid, marzo de 1997. Citado por M. Quijada, ob. cit., p. 614.

²⁶ A. ROBERTS, *Churchill*, ob. cit., p. 2264.

*Norte que respetara, conciliándolos, el punto de vista amerindio y el de los europeos. No lo conseguiremos. Sencillamente, no existe un equivalente del Inca Garcilaso en toda la historia de la anglo-América colonial*²⁷.

Por tanto, ¿es América Latina «latina», «hispanica» o «ibérica»? Es decir, ¿debemos llamarla Iberoamérica, Hispanoamérica o América Latina? Todo al tiempo. Es latina justamente porque ese fue el papel de España y Portugal: incorporar América Central y del Sur (y un buen trecho de América del Norte) a la cultura grecorromana. Pero en buena medida fuimos porteadores más que creadores, transmisores, no inventores. Las etiquetas «latino» e «hispano», frecuentemente discutidas en Estados Unidos, apuntan ambas en la misma y correcta dirección, y casi me atrevo a decir que la confusión es un claro acierto: lo hispano (o lo luso) no es sustancialmente distinto de lo latino. Hicimos allí exactamente lo mismo que nos habían hecho a nosotros mil quinientos años antes: romanizar poblaciones diversas dándoles unidad e incorporándolas a la historia del mundo. Como ha escrito Paco Álvarez, «mal que le pese al resto el orbe, los latinos de ambos hemisferios somos romanos»²⁸.

Por supuesto, el proceso civilizador no estuvo exento de dolor; con frecuencia fue terrible para las poblaciones nativas y se impuso (también) a sangre y fuego. Como ocurrió en la península Ibérica con la romanización, por cierto. Y, por supuesto, hay y hubo mezcla, mestizaje e hibridación, igual que aquí, dando lugar a lo hispano-romano, pues la característica de la colonización española (y aún más, quizá, de la portuguesa) fue el mestizaje, incluidos los matrimonios mixtos. Por ello, y como ha escrito Mario Vargas Llosa:

*[...] plantear el problema latinoamericano en términos raciales [...] equivale a querer reemplazar los estúpidos e interesados prejuicios de ciertos latinoamericanos que se creen blancos contra los indios, por otros, igualmente absurdos, de los indios contra los blancos*²⁹.

Todos, unos y otros, somos mestizos.

AMÉRICA LATINA UNIDA, PERO SEPARADA

Es la común pertenencia a la «familia cultural de Occidente» lo que le otorga a Latinoamérica una unidad que no existía antes. Es más, le otorga un

²⁷ L. MARTÍNEZ MONTES, en «Bárbaros, ¿qué bárbaros?», en E. LAMO DE ESPINOSA (COORD.), *La disputa del pasado*, Turner, Madrid, 2021, p. 132.

²⁸ FRANCISCO ÁLVAREZ, *Somos romanos*, Edaf, Madrid, 2019, p. 500. En el mismo sentido, EMILIO DEL RÍO, *Latin lovers: la lengua que hablamos aunque no nos demos cuenta*, Espasa, Madrid, 2019.

²⁹ Véase, MARIO VARGAS LLOSA, «Asoma en la región un nuevo racismo: indios contra blancos», *La Nación*, 20 de enero de 2006.

grado de unidad muy superior a la que se puede encontrar en otros continentes, como Asia, África e incluso la misma Europa.

Efectivamente, América Latina no es una unidad política, ni siquiera económica, y los reiterados intentos de fusión han tenido escaso éxito. Pero sí es una unidad cultural indiscutible. Una idea que aparece ya en el mismo inicio de los proyectos unificadores de América Latina, la *Carta de Jamaica* de Bolívar (1815):

Es una idea grandiosa pretender formar de todo el mundo nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería por consiguiente tener un solo gobierno que confederase los diferentes Estados que hayan de formarse.

Para añadir inmediatamente:

[...] más no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes dividen a la América³⁰.

Y así es. Sabemos que está dividida por fuertes nacionalismos, resultado de guerras, ya pasadas, pero no olvidadas. Nacionalismos que son actualizados para avivar el populismo y canalizar hacia afuera el factor indígena en xenofobias de derechas o de izquierdas. Ello ha dado lugar a una alta desconfianza recíproca entre los países que dificulta y, hasta el momento, ha impedido la fusión.

Tampoco la unión económica es relevante. A pesar de los distintos acuerdos de integración, los flujos comerciales interregionales en el conjunto de Sudamérica son los más bajos del mundo y se sitúan en el 22%, mientras en la Unión Europea superan el 60% y en el Sudeste Asiático llegan al 50%. América Latina no es una unidad ni política ni económica. Sin embargo, sí lo es, y en grado sumo, una unidad cultural.

Señalaba antes que una civilización propia se identifica sobre todo por dos marcadores: religión y lengua. Un tercero es más difícil de articular: la etnicidad, aunque hoy es posible cuantificarlo también y disponemos de índices agregados de fraccionamiento social, que miden la probabilidad de que dos personas escogidas al azar en un país pertenezcan a grupos étnicos, lingüísticos o religiosos distintos.

³⁰ S. BOLÍVAR, *Carta de Jamaica*, Verbum, Barcelona, 2017, p. 26.

Pues bien, para que haya una civilización latinoamericana necesitaríamos encontrar que esas variables unifican el espacio latinoamericano y, al tiempo, lo diferencian de otros espacios. ¿Ocurre tal cosa?

No hay duda sobre el posible fraccionamiento religioso. La unidad religiosa de América Latina, producto de la colonización, es marcada. Pero también su falta de diferenciación con el resto de Occidente. El cristianismo es la religión dominante, al igual que lo es en Europa y Estados Unidos.

Otro tanto ocurre con las lenguas. De hecho, y como vimos en el capítulo anterior, es el continente más normalizado después de Europa (también el más estatalizado después de Europa): las mil lenguas que sobreviven son habladas por solo 47 millones de personas con un promedio de hablantes por lengua muy bajo, de solo 47.464 personas por lengua, lo que hace temer seriamente por su desaparición (algo que debería evitarse, por cierto). Para comparar, la media de hablantes por lengua, en Asia es de 1,5 millones y en África de más de 300.000. Solo la región del Pacífico, con similar número de lenguas (unas mil), tiene un menor número de hablantes por lengua, unos cuatro mil (diez veces menos).

Alberto Alesina, de la Universidad de Harvard, y colaboradores han estudiado los índices de fraccionamiento etnolingüístico de diversas regiones del mundo, entre ellas América Latina. Recordemos que el índice mide la probabilidad de que dos personas de un mismo país, extraídas al azar, pertenezcan a grupos lingüísticos o étnicos distintos. Pues bien, para la diversidad lingüística, esa probabilidad es del 18% en América Latina, la más baja del mundo (la más alta, la del África subsahariana, es del 60%, y la de Europa Occidental del 20%), lo que confirma la evidencia de unidad lingüística³¹.

No ocurre lo mismo con el fraccionamiento étnico, que es bastante marcado, del 40% según Alesina, aunque es poco relevante en términos demográficos. El Banco Mundial estima que hay unos cuatrocientos grupos étnicos que, sin embargo, representan poco más del 10% de la población de la región, entre 40 y 50 millones de personas. El 90% de ellos se concentran en solo cinco países, y solo en cuatro representan más del 20% de la población (Bolivia, Guatemala, Perú y Ecuador). Mucho más importante es la población negra y mestiza (que es lo que eleva el índice de Alesina), que alcanza nada menos que 150 millones de personas, un 30% de la población total (Brasil, 50%, Colombia, 20% y Venezuela, 10%). Población que perdió por completo sus referencias culturales en el largo y terrible calvario de la esclavitud.

³¹ A. ALESINA, Arnaud DEVLEESCHAUWER, William EASTERLY, Sergio KURLAT y Romain WACZIARG, «Fractionalization», *Journal of Economic Growth*, 8 (2), 2003, pp. 155-194.

De modo que sí, hay una fuerte fragmentación étnica (nativa e importada), en buena medida absorbida por una fortísima unidad religiosa, lingüística y cultural y por un alto nivel de mestizaje, que continúa. América Latina es precisamente eso: América latinizada.

DE CÓMO AMÉRICA LATINA DEBE ASUMIR SU RESPONSABILIDAD HISTÓRICA EN EL MARCO DE LA CIVILIZACIÓN OCCIDENTAL

Antes de terminar es necesario agregar algunos comentarios finales: uno sobre Estados Unidos y América Latina, el otro sobre todos nosotros. Porque tal vez Turner tenía razón en su tiempo, y tal vez nos enfrentamos a un choque de civilizaciones, como decía Huntington. En cualquier caso, la frontera actual entre los hispanos y la América anglosajona no se ha movido hacia el oeste, sino hacia el norte de Río Grande. Algunos dicen que Estados Unidos se está convirtiendo en una América latinizada. Algunos, como el expresidente Trump, parecen temerlo. En más de un sentido, el cambio es cierto y cualquiera puede percibirlo en el escenario social de muchas ciudades estadounidenses, desde Nueva York a Los Ángeles y Miami, como confirma el censo de 2020. Pero, al mismo tiempo, también es cierto que América Latina se está norteamericanizando y que la frontera de Estados Unidos se mueve hacia el sur. América Latina se orienta cada vez más hacia el gran vecino del norte, cada vez más al Pacífico (a China, eso es la Alianza del Pacífico) y cada vez menos a Europa. Otro tanto hace Estados Unidos con su *pivot to Asia*. Y puesto que América toda, norte y sur, se vuelca hacia el Pacífico, la tendencia a olvidar a Europa se verá reforzada en el continente.

Se trata de una dinámica repetida también en esta parte del Atlántico, pues la Unión Europea –y tras la última ampliación– está cada vez más orientada al este y menos interesada en el oeste y en América Latina, con las excepciones de España y, quizá, Portugal. El eje atlántico, que ha constituido la columna vertebral de Occidente y del mundo durante al menos tres siglos, pierde vigor, y la presidencia de Donald Trump y el Brexit son al tiempo efecto y causa de esta tendencia.

Sin embargo, el castellano es ahora la primera lengua extranjera en las escuelas y universidades estadounidenses. Y aunque Estados Unidos sigue siendo lo que siempre ha sido, esto es, un cementerio de las lenguas, tal vez (aunque solo tal vez) el idioma español podría ser una excepción. Hay tantos latinos en Estados Unidos como españoles en España. De hecho, Estados Unidos es ya un país de América Latina y es el tercer o cuarto país hispano en el mundo después de México, Colombia y España (puede que ya por delante de España).

Así pues, si nos fijamos en lo que está ocurriendo desde una perspectiva global, lo que tenemos en América no es tanto una multiculturalidad más acentuada (que también), sino un *melting pot* hispano emergiendo y aflorando tanto en Estados Unidos como en España. Y sobre ese *melting pot* hispano se alza la mezcla de las dos grandes culturas americanas: la hispana y la anglo. Dos ramas de la civilización occidental que surgen de los dos primeros imperios marítimos del mundo, que exportaron sus lenguas por medio mundo, que lucharon en Europa, que fueron separadas por la frontera de Turner en América y que ahora se están fusionando, saltando sobre sus fronteras históricas. Porque hay algo nuevo, anglo-español, emergiendo en América, tanto en el norte como en el sur.

Pero América Latina parece hoy ensimismada en sus problemas y no acaba de asumir responsabilidades globales. La crisis de la COVID-19 le ha afectado de modo brutal y, pese a contar con poco más del 7 u 8% de la población del mundo, registra más del 30% de las víctimas mortales. La crisis económica ha devuelto a la pobreza a parte importante de la clase media que se había generado en las últimas décadas, y las crisis políticas se multiplican en todo el hemisferio, desde México y Centroamérica a Colombia, Venezuela, Perú, Brasil o Argentina. Como escriben Javier Solana y Enrique Iglesias, «esta deriva le ha restado protagonismo a América Latina en las estructuras de gobernanza global», un protagonismo que, por lo demás, nunca fue destacado. Pero Latinoamérica constituye una pieza clave en la lucha contra el cambio climático, con más del 25% de la masa forestal del mundo y el 30% de las reservas de agua dulce³², tiene una potente presencia en Naciones Unidas y en el G20 (Brasil, Argentina y México, además de España), ambas pendientes de activarse.

Latinoamérica debe reclamarse como lo que es, una parte esencial de la civilización occidental. Esto es bueno para España y Portugal, por supuesto; si somos algo en Europa y en el mundo es por esa conexión, y somos tanto más relevantes para América cuanto más europeos somos, pero también viceversa. Pero es, sobre todo, esencial para la misma América. La división entre las dos Américas debería desaparecer. El Occidente camina sobre tres patas (la vieja Europa y las dos Américas), no dos, y estoy seguro de que Turner diría hoy que estamos en el mismo lado de la frontera.

³² J. SOLANA y E. IGLESIAS, «Latinoamérica ante la tormenta perfecta», *El País*, 26 de julio del 2021.

